



Espejos quebrados: Novela negra y memoria política

(Texto de presentación para el lanzamiento que se realizó el miércoles 14 de abril en Nicaragua)

Por Sofía Montenegro, Directora Ejecutiva del Centro de Investigaciones de la Comunicación en Nicaragua.

La novela *Espejos quebrados*, de Ángel Saldomando, ganadora del Primer Premio de la Editorial Mago 2009, de Chile, comienza con un epígrafe de advertencia: “Toda similitud con hechos reales es coincidencia fortuita. La realidad es peor que la ficción”. El título ya nos indica que vamos al encuentro de algo siniestro: todo mundo sabe que los espejos rotos son de mal agüero y que según la superstición al uso, representa siete años de desgracias, incluyendo la ruptura afectiva y la separación.

La novela gira alrededor de la permanencia y el reciclaje de un grupo represivo apodado “Los pájaros” que durante la dictadura militar de Pinochet, aparte de torturar y asesinar, utilizaba a los desaparecidos como personas ficticias para blanquear operaciones financieras y apropiarse de bienes. La bandada conformada por Tucán, Canario, Cóndor, Urraca, Cuervo y Gorrión, con el cambio de régimen se transmutaron en prósperos empresarios y discretos ciudadanos. Su apacible existencia bajo la democracia se trastoca cuando la hija de uno de ellos, aún funcionario del estado descubre su pasado y le envía una carta que desencadena toda la trama: “Gregorio, hasta hoy eras mi padre. Ahora te quito esa condición. Te expulso de mi vida. Sé que me educaron bien, que fui a la universidad y que gracias a ustedes soy una profesional. Pero eso no basta. Hasta hace poco te ví como mi padre, como un funcionario, humano hasta donde se puede ser en el oficio de policía. Pero ahora lo sé, me han contado tu historia, no importa quién.”

Como el personaje de Kafka, Gregorio, el policía, siente que de un día para otro se ha convertido en un insecto, angustiándose ante las consecuencias que el desvelamiento de la verdad tendrá para todos. La narración se articula alrededor del mundo del crimen, en este caso, del crimen de Estado y las mafias políticas que las realizan, permitiéndonos un atisbo de la sociedad en que los hechos ocurren y donde el pasado aún no encara la justicia y no termina de sacar los cadáveres del armario.

Esta característica inscribiría el texto de Saldomando en el género de la novela negra, pero también porque concurren el predominio del diálogo, la narración limpia y objetiva y el ritmo de la acción.

Un narrador omnisciente nos cuenta las peripecias en las que se ve involucrado un visitante que regresa de un largo exilio, su grupo de amigos, antiguos militantes de izquierda, un hijo de desaparecido, una abogada de derechos humanos, la hija de un policía y los miembros de “Los pájaros”, en un Chile contemporáneo, acomodado, democrático y bastante gris. La atmósfera psicológica de la novela está marcada por la memoria y la ignorancia del pasado, el desencanto político y el conformismo, la simulación y el ocultamiento, el desarraigo y la tradición. Como en toda novela negra, los mejores personajes de Espejos quebrados son malas personas. El logro del autor es que las ha humanizado. Una buena prosa y el diálogo ágil, hacen del texto una lectura fluida.

Como señala el narrador, diferencias de tiempo, de vida, de momento y de urgencias, separan a los personajes que están unidos sin embargo por un hilo invisible, que “les hilvanaba los fragmentos de memoria repartidos en sus pedazos de existencia que flotaban como islas en un mar extenso” y esa memoria, nos dice, “no se mueve más que dentro de las estrechas fronteras de lo que nos duele y lo que aceptamos”.

Pero aunque todos quieren enterrar el pasado, el pasado está ahí, testarudo. “No se pueden enterrar a millones de versiones, de partículas memorables. Si se les pone un espejo para que se transformen en futuro, se convierten en otros tantos fragmentos que rebotan en la imagen. Inevitablemente se devuelven y se proyectan en un movimiento perpetuo, rearmando un rompecabezas infinito. Eso es la historia”, nos dice el narrador. Pareciera estar refutando a Augusto Pinochet quien en 1995 en el 22 aniversario del golpe militar afirmó: “Es mejor quedarse callado y olvidar. Es lo único que debemos hacer. Tenemos que olvidar. Y esto no va a ocurrir abriendo casos, mandando a la gente a la cárcel. OL-VI-DAR: esta es la palabra, y para que esto ocurra, los dos lados tienen que olvidar y seguir trabajando”.

La novela pues, tiene su contexto en la democracia que se construyó en Chile a partir de 1990 y que tuvo de por medio una transición durante la cual las consecuencias de las prolongadas violaciones a los derechos humanos se transformaron en un gran conflicto a enfrentar, y en las que el antiguo régimen terció para mantener el ocultamiento de la verdad y proteger a los perpetradores. Sin embargo, esta es una situación que trasciende a Chile y sigue siendo un problema no resuelto en muchos países de América Latina y para no ir más largo, a varios países de Centroamérica como Guatemala, El Salvador o Nicaragua, donde la transición a la democracia se hizo bajo propuestas de reconciliación, con pactos de silencio y sin Comisión de la Verdad. O para el caso, la causa contra los crímenes del franquismo

abierta por el célebre juez español que ordenó también el arresto de Pinochet, Baltasar Garzón, quien hoy se encuentra acusado por los herederos de la Falange de prevaricación para impedir que la causa prosiga.

Cada país, ciertamente, tiene su banda de “pájaros” que son ahora delincuentes de cuello blanco que igualmente prefieren el olvido y reclaman aquiescencia o complicidad de sus familias y de la sociedad. Porque como espeta uno de estos personajes a su esposa e hijo que quieren saber la verdad: “¿Qué quieres saber? ¿Que tu familia aumentó su fortuna a la sombra del régimen? ¿Que yo hice mi empresa trabajando para el régimen? ¿Que eso se hacía en los salones y en los sótanos a la vez? Esto es como un barco, querida, está el puente de mando y la cubierta, cabinas de primera y de última clase. Abajo está la sala de máquinas, pero no se ve. Yo estaba en la sala de máquinas y sin ellas el barco no anda, ¿me entiendes? También puedes preguntarle a los exitosos empresarios de tu familia, díles que si no te dan una explicación, ¿cómo dijiste? ¿Convincente? no los perdonarás-.”

Espejos quebrados es, en suma, crónica de una actualidad vigente.

Según lo dicho por el personaje de esta novela, hay tres maneras de trabajar con la memoria: la del historiador, la del psicólogo y la del policía. Agregaría que hay una cuarta: la del novelista. Ante las historias oficiales, el ocultamiento y la falsificación de los hechos, queda para la literatura el conocimiento de la verdad. Dado el estado de cosas en nuestra región y en particular, en nuestro país, todo parece indicar que la memoria se ha agenciado el camino de la novela para hacerse reconocer.

Pero como nos insinúa el título de la novela de Ángel Saldomando, el espejo es simbólico del yo y puede ser, como en el caso de Alicia, la entrada a un mundo inverso, no tanto maravilloso como aterrador. Nos advierte que el enfrentamiento del sí mismo con el doble que nos devuelve la imagen, puede quebrarlo. Y como se sabe, no se puede reparar un espejo roto. Ese suele ser el precio inevitable de la madurez de la conciencia y del conocimiento: quebrar imágenes.

Managua, miércoles 14 de abril, 2010.